

Clave del Universo

(CIENCIA Y FILOSOFIA)

POR

ANGEL CERRÓLAZA

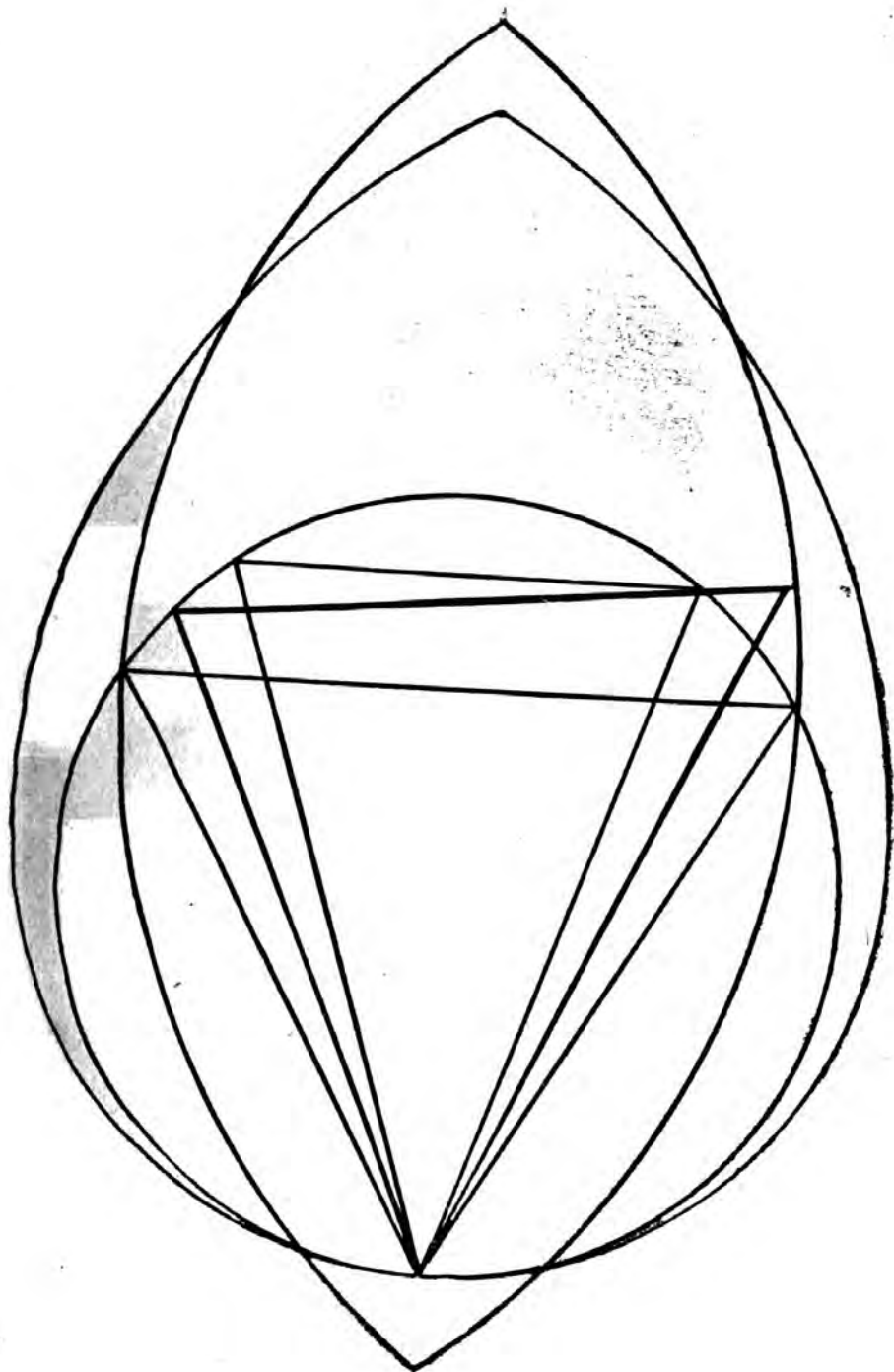


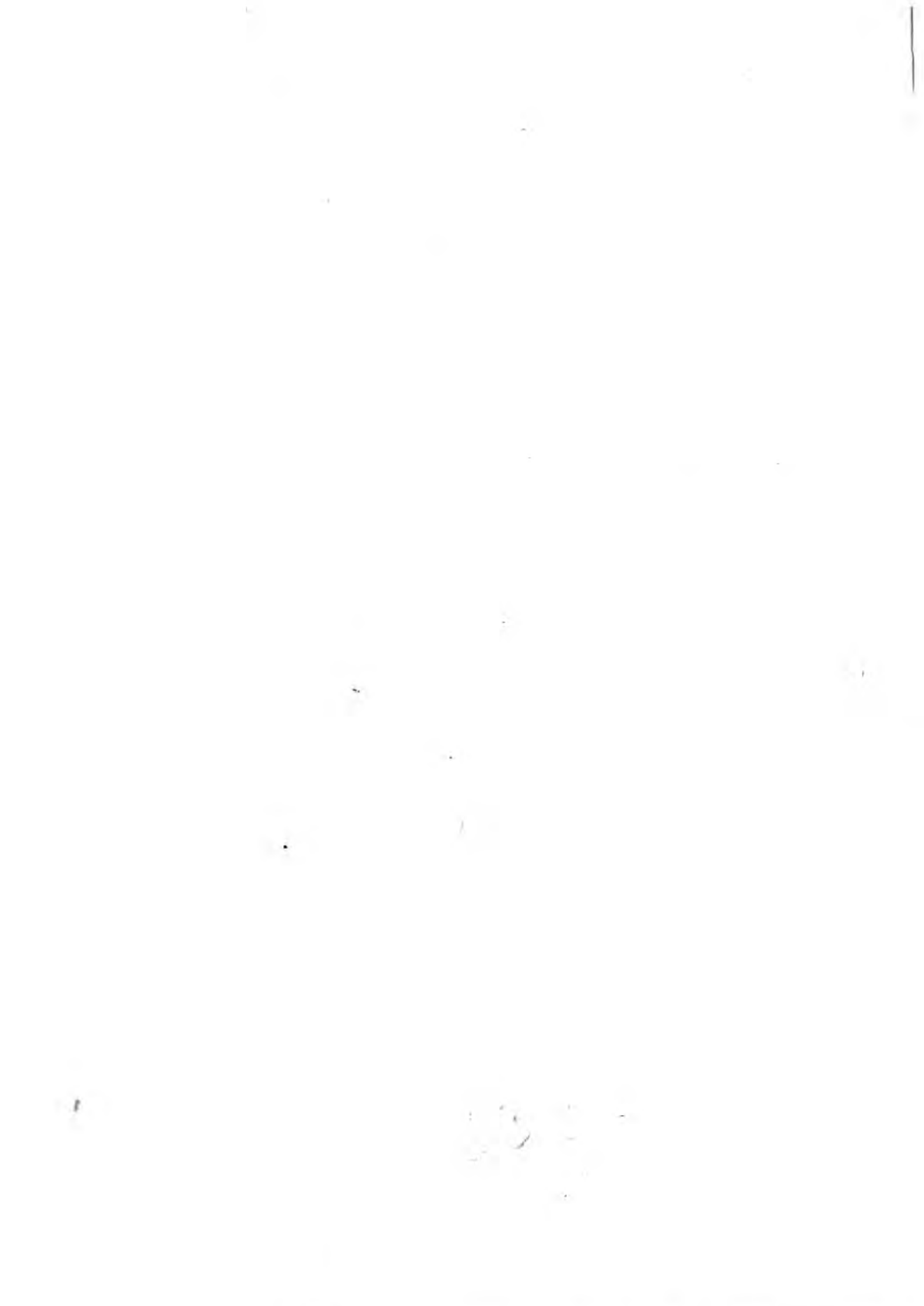
AVILA

Tip. de Antonio M. Ibáñez, Independencia, 3.

Abril, 1917

NOV 30 1960





Es propiedad del autor

BF

1995

C4

I

¡Hosanna!.. por haber descubierto el enigma universal.

¡Bien puede decirse que ahora nace la Ciencia, y que en los siglos transcurridos se ha verificado su gestación! En la oscuridad más completa, se desarrolla un feto, y así en las tinieblas, ha venido desarrollándose la Ciencia.

La figura geométrica que encabeza este libro maravilloso, que será la admiración de los sabios y que con fundamento llamo *Clave del Universo*, nos demostrará el origen de todos los fenómenos del Cosmos, desde la estructura de la materia y la deformación del éter, que son simultáneas, hasta la inteligencia de los seres. ¡Con razón dijo Newton que la Geometría pura se presta a las investigaciones más elevadas!

Quien me lea hasta el final quedará atónito, emocionado y asombrado, como no lo estuvo jamás con libro alguno, no solo por la ciencia infusa que aquí se derrama a torrentes, sino por el contenido espiritual del apartado último, rebosante de sentimiento y misticismo, que conmueve y espanta. (Los que no conozcan la Química, pueden pasar por alto los apartados V y VI).

Este inmenso descubrimiento, del que derivan aquí mismo otros varios descubrimientos importantes, pertenecientes a la Geometría, a la Física, a la Astronomía, a la Historia Natural, y sobre todo y ante todo, a la Química, lo ha realizado el que suscribe, autor de otra Memoria publicada va a hacer tres años y titulada *Eter y Materia*, en cuya obra aparece la siguiente figura 2.^a, debiendo ser la 3.^a, cuya diferencia consiste en

dos pequeños errores que fueron la causa de no haber podido entonces demostrar plenamente tantas cosas grandes como se dijeron en aquella Memoria. Dichos errores consisten en que al triángulo isósceles se le asignaron 40 grados y debe tener 36, y al escaleno 50, en vez de 48. Pero aun con tales defectos, fué un mérito enorme el haber previsto esa figura por intuición más bien, y no con base cierta como ahora tengo. Malparados

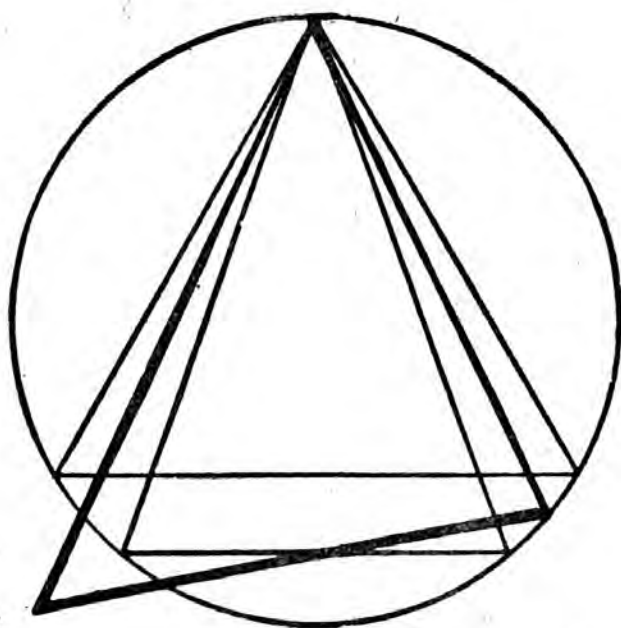


Figura 2.^a

van a quedar ante la Historia de la Ciencia nuestros investigadores científicos españoles, y filósofos y literatos de primera fila, a quienes envié todos mis trabajos y no vieron en ellos las muchas y grandes verdades que contienen. ¡Por lo visto solo se fijaron en los errores, como si toda obra humana no los tuviera Pero qué sabían esos señores de tales errores si los igno-

raba yo mismo? Sin embargo, justo es decir que algunos hombres de verdad ilustres, que no estaban tan ciegos o apasionados, debieron ver algo de valor en mis publicaciones, cuando espontáneamente me felicitaron por mis interesantes y profundos trabajos; y no faltó quien me dijera que el que afirma

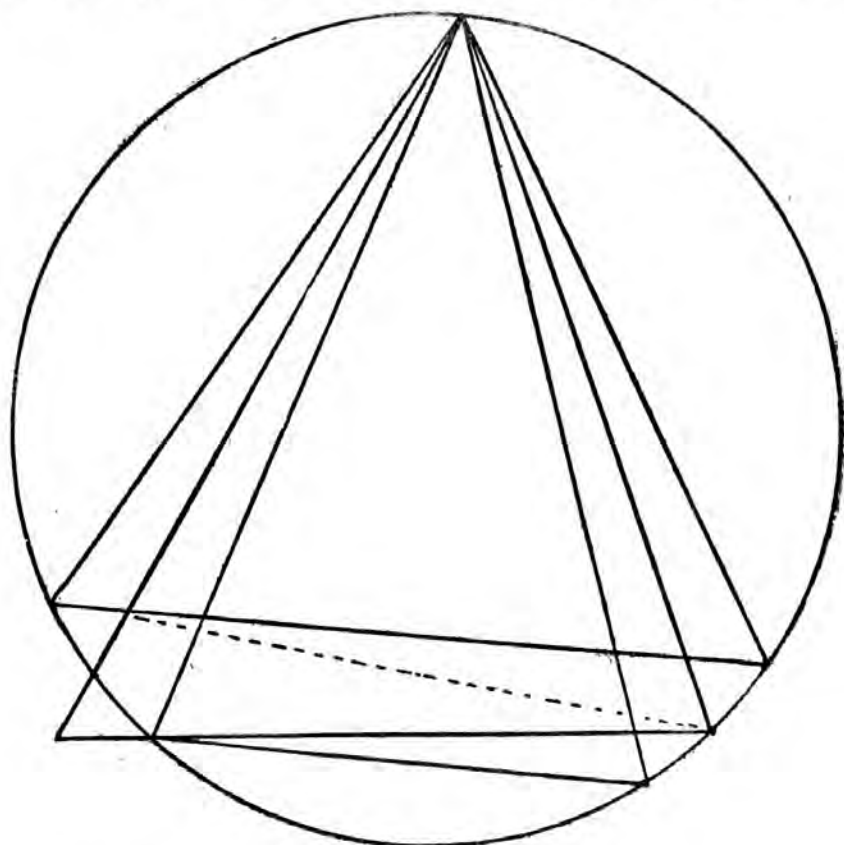


Figura 3.^a

tan rotundamente como yo afirmaba en problemas tan complejos que parecen indescifrables, o dice la verdad o la presente. Pero yo debo confesar que no demostré entonces todas las cosas, o todas mis afirmaciones, de un modo indubitable, como ahora las voy a demostrar.

Pero no divaguemos.

Empiezo por afirmar, y luego lo demostraré, que ningún geómetra sabe lo que es la parábola ya que la clasifican, (como la elipse), en curvas de segundo grado, debiendo ser del primero, y ya que la definen diciendo: «la parábola puede ser considerada como el límite de una elipse en que uno de los focos se ha alejado al infinito.» ¡Qué desatinos! La parábola es una curva cerrada, con un solo foco, que participa, que es hija, mejor dicho, de la circunferencia y de la elipse, como se ve en la figura 1.^a.

Y ningún geómetra había encontrado el verdadero triángulo isósceles, ni el escaleno, los pudiéramos llamar, con el equilátero, triángulos fundamentales, matrices, originales de todos los demás. Se han contentado con decirnos que el isósceles tiene dos lados iguales y el escaleno, desiguales los tres y esto es decir muy poca cosa. Claro que no han podido averiguar más, dado el atraso de las ciencias y el ser, los que a ellas se dedican, especialistas en una sola para ir viviendo. ¿A qué geómetra, por ejemplo, se le va a ocurrir, si ya la Química la tiene olvidada por no haberla practicado, que la Geometría plana lo mismo que la Geometría del espacio, puedan tener origen en la estructura de la materia y en la influencia del éter? ¡Ahí es nada la ocurrencia! Y el que esto escribe, no es un especialista, sino un apasionado de los grandes problemas, que ha querido abarcar todas las ciencias en su parte más esencial, y esta investigación, somera en la forma pero muy profunda en el fondo de las cosas, ha sido la causa a mi entender de dar con tan magno descubrimiento, del cual hablaré con más extensión, si tengo tiempo, en el Congreso Científico que se celebrará en Sevilla dentro de un mes. Sirva hoy este bosquejo, a modo de telegrama, para dar noticia urgente de tan fausto acontecimiento, a los principales Centros científicos del mundo, y a algunos hombres ilustres, que se ocupan de estos estudios transcendentales.

II

Y ahora analicemos esa figura inmensa, monumental: hablemos primero del triángulo escaleno, que es mixto de los otros dos. En efecto, si sumamos los 60 grados del equilátero con los 36.º que debe tener el isósceles nos dará 96º; la mitad son 48, que tiene el escaleno, también en su vértice superior; en uno de los ángulos de la base, tiene el escaleno 72º como el isósceles, y en el opuesto 60 como el equilátero: ¡Ese es el triángulo escaleno fundamental como iremos viendo! Y solo con ese dato he descubierto cuanto hay que descubrir en lo infinitamente pequeño, en lo invisible, y en lo infinitamente grande que son los mundos.

El triángulo isósceles, original y fundamental tiene que ser ese de 36º, primero, porque siéndolo resulta el intermedio, que es el escaleno verdad; segundo, porque solo con ese isósceles, ni una línea más ni menos de los 36º, puede trazarse la estrella de cinco puntas *iguales*, cuya forma simétrica se encuentra en las corolas de muchos vegetales y formas de animales, entre ellos el hombre; así como la estrella de seis puntas, que se forma con dos equiláteros cruzados, también se halla en infinidad de vegetales y en todos los animales que tienen seis extremidades fuera del tronco. Y tercero, y esto es lo más importante: siendo la Geometría plana un vivo reflejo de la Geometría del espacio, nuestra figura 1.^a puede representar y representa una esfera, un elipsoide, un ovoide y tres tetraedros de tres sistemas diferentes: la esfera representa al hidrógeno, con el cual se forman realmente, al hacerse un mundo, todos los elementos químicos que existen; el elipsoide pertenece al nebulio, nuevo elemento del que hablaremos luego; el ovoide es igual a las partes más pequeñas del helio; el tetraedro del sistema regular representa al nitrógeno; es decir, que las par-

tículas indivisibles de este gas, son efectivamente tetraedros de dicho sistema; y este elemento poliédrico es el primero que se forma con el hidrógeno; el segundo, es el oxígeno, cuyo tetraedro del sistema tetragonal no puede ser otro que ese de 36 grados para que resulte exacto su peso atómico con relación al H, como sucede con el anterior del nitrógeno; y así ocurre con el tercer tetraedro del sistema rómbico que pertenece al carbono. El helio y el nebulio, que son elementos esferoidales, se forman antes que los poliedros según veremos en seguida.

Y ya que hemos demostrado cual es el triángulo isósceles fundamental, y en su consecuencia cual es el triángulo escaleño, también fundamental, intermedio exacto de aquél y del equilátero, vamos a demostrar de igual modo, cual es la elipse original de las demás, y cual es la parábola, también original, la intermedia entre la elipse y la circunferencia, y cuyas tres figuras son de primer grado y deben llamarse originales porque los tres sólidos alabeados, o esferoidales, que representan aquellas, corresponden a otros tantos elementos originales de todos los elementos poliédricos que existen.

La elipse que se vé en nuestra figura primera, tiene por focos los vértices de dos equiláteros iguales unidos por uno de sus lados; su eje menor es igual a uno de los lados de esos equiláteros, y el eje mayor tiene la misma medida que la suma de dos lados de esos equiláteros.

Para trazar dicha elipse se busca con el compás el punto de intersección que marcan los extremos del eje mayor con el extremo opuesto del eje menor, y trazar desde cada punto su curva correspondiente; o bien trazar en cada vértice del eje mayor un triángulo de 72° , como tiene el isósceles en su base, y los vértices contrarios del rombo que resulte son esos puntos.

Como se vé, haciendo girar a la elipse por uno de sus ejes, con esos dos equiláteros en revolución, se crea el elipsoide, que está constituido por seis esferas contraídas en forma de octaedro esférico.

Véamos la parábola original, que también se traza con el compás. Esta figura es bastante más complicada que la elipse y la circunferencia, de donde nace, como ocurre con el escaleno y sus padres que le dán el ser.

Para formar la elipse intervino solo el equilátero, y para hacer la parábola median el isósceles y el equilátero; y así debe ser para que resulte la figura intermedia, como sucede con el escaleno. Pero aquí ocurre una cosa muy singular, y es que entra también el escaleno como eje de revolución para formar el evoide. Vamos a verlo.

Sobre la base del triángulo isósceles de 36° se hace un equilátero al lado opuesto del isósceles: trácese sobre nuestra figura y después que hayan trazado las dos líneas verán que el vértice de ese pequeño equilátero es el único foco que tiene la parábola. El eje mayor está limitado, en la base, por los vértices de los tres triángulos y por las dos circunferencias, y en el lado opuesto, por el vértice de otro triángulo isósceles igual al que divide la base del equilátero, y además está limitado, no sólo por el vértice de otro equilátero igual y unido al equilátero de nuestra figura, sino por la longitud de la base del isósceles, sumada a la altura de dicho isósceles. Y tres son sus ejes menores que pasan por las bases de los tres triángulos.

Véamos ahora por qué la base o sea la semicircunferencia, es mayor que la circunferencia y qué reglas o leyes son las que rigen las líneas y distancias restantes de la parábola.

Desde el punto de contacto donde se cortan los triángulos isósceles y equilátero, hasta el vértice opuesto de la base del isósceles, es el radio de la semicircunferencia.

¡Y qué coincidencia, ahora veo que la parte central de la base del equilátero, cortada por el isósceles, es el radio de la otra circunferencia!

(¡Señores geómetras, esto es lo más grande y lo más sublime que se ha escrito y dibujado en geometría, y no podrán ustedes por menos de confesarlo y aplaudirlo! Y es lo más subli-

me porque de esa figura inmensa, grandiosa, colosal, (¡toda ponderación será poca!), se deriva todo, todo lo que existe: si miramos la figura en la primera posición de la cubierta, encontraremos semejanza entre las tres figuras alabeadas y las cabezas de todos los seres de la creación. Y si miramos la figura, invertida, como está en la segunda hoja encontraremos a simple vista, la más hermosa flor, la más arrogante y la de mayor fragancia: la magnolia. Y todas las flores tienen su representación en esa figura: en la esfera, cuando están cerradas; en el ovoide, cuando empiezan a abrirse y en el elipsóide y ovoide juntamente, cuando están abiertas; y al abrirse, aparecen en su centro los pistilos y estambres que representan los triángulos. ¡Y no hay frutos vegetales que sus formas no coincidan con esas tres citadas; lo mismo que los huevos de las aves, y de toda clase de animal, y de todo lo que existe de formas alabeadas, incluso los astros y los caminos que recorren!).

Y ya ven que para trazar el resto de la parábola, basta con buscar con el compás, como hicimos en la elipse, el punto de intersección que indican los extremos de cada curva.

Y ahora nos resta explicar la intervención del escaleno para con su rotación formar el ovoide. Los catetos del triángulo rectángulo de la semicircunferencia, son iguales, cada uno, a la base del escaleno, de manera que poniendo este sobre cualquiera de los dos lados, solo habrá que trazar una línea para formar un escaleno equivalente, ya que otro de los lados vendrá a coincidir con el nuevo escaleno que formemos; a continuación de este trazamos otro escaleno igual, sobre la superficie de la parábola, sin salirnos de ella, y tendremos, por la rotación del eje mayor, una pirámide esférica, que es el ovoide, formado por cuatro esferas contraidas en pirámide triangular, según demostraremos al ubicar este elemento que se llama helio.

Después explicaré cómo, cuando y porqué se forman con el hidrógeno todos los elementos químicos; ¡aunque ya lo ex-

pliqué casi con exactitud en mi citada Memoria *Eter y Materia*. Y tanto en esta obra como en *Los tres elementos*, opúsculo que publiqué hace cuatro años, aseguré que todos los ternarios que se encuentran en la naturaleza, se forman mediante la influencia del éter y la concurrencia de tres elementos químicos. En efecto, ahora se comprueba como iremos viendo.

Fíjense bien mis lectores en las leyes mecánicas, físicas, químicas, astronómicas, fisiológicas y en todo lo que nos rodea, y hallarán dos sistemas opuestos y un tercero mixto de aquellos dos, lo mismo que sucede con esos triángulos y sus tetraedros. Ejemplos: los nervios de todo animal, son de tres clases, sensitivos, motores y mixtos; y están protegidos por tres membranas de espesores diferentes. Las arterias y las venas están formadas por tres capas distintas. Tres son los principios inmediatos de los alimentos. El oído se divide en tres partes, como el ojo en tres medios convergentes. En el cuerpo humano, los huesos del tronco, forman tres cavidades: en la superior está el tórax, en la inferior, la pelvis y en la central, el abdomen que ocupa también parte de las dos cavidades. Y todos los aparatos de nutrición y reproducción que se alojan en las tres cavidades, se dividen a su vez en tres partes desiguales. La raza negra en todo animal, pertenece al sistema regular, al equilátero; la raza blanca, al isósceles, y la intermedia, que es la amarilla, al escaleno. La locomoción de los cuadrúpedos y bípedos, se divide en tres tiempos bien definidos: el paso de andadura, marca el equilátero; en el trotar se encuentra el isósceles, y en el galopar, el escaleno, que participa de los otros dos movimientos.

¿Pero a qué poner más ejemplos, si con abrir un tratado de ciencias, los hallamos a cada paso? Y es muy posible que sin buscarlos surjan por todas partes, ya que nosotros mismos y cuanto existe se compone de ternarios.

Y las tres partes en que se divide un órgano o viscera cualquiera, son distintas también en tres cosas: en volumen, en

estructura y en su modo de funcionar; y es que los tres tetraedros fundamentales son diferentes en volumen, en peso, y en su forma; y la naturaleza está obligada fatalmente a buscar el equilibrio en las tres condiciones. ¡Por eso existen las tres dimensiones; los tres estados de la materia; sus tres reinos; los tres colores fundamentales, las tres clases de palancas, las tres clases de lentes, y los tres mil millones de cosas formadas por ternarios! ¡Pero señores sabios, cómo no me comprendieron!

III

Nuestro conocimiento del éter es muy rudimentario, pero así como voy a demostrar ahora que del hidrógeno nacen todos los elementos químicos, demostraré también en trabajos sucesivos, y aún en éste, que a la vez que se forman aquellos por contracción de la materia, se forman otros tantos elementos etéreos por deformación y expansión del éter, como el calor, la luz, los siete colores, las radiaciones de todas clases, etc., etc., que son modalidades etéreas, de sustancia, no de movimientos. La mitad de lo que llamamos materia, no es tal materia, sino éter; y las propiedades de la materia, como el olor, el color y el sabor, pertenecen al éter, no a la materia.

Laplace, como otros sabios verdaderos, fué partidario convencido de la hipótesis de la materialidad del calórico. Nada se ha escrito en física tan absurdo como la teoría de que el calor, la luz y los colores son un movimiento de la materia y del éter. Mis trabajos probarán cumplidamente que es una sustancia, el mismo éter que envuelve a las esféritas hidrogenales; es decir, que lo que llamamos hidrógeno, es la materia y el éter reunidos. No se hace sensible el calor al tocar aquel gas, porque están diluidos ambos elementos y se contrarrestan; pero todos sabemos que al combinarse dos litros de hidrógeno con uno de oxígeno, aparecen solo dos litros de vapor de

agua, y otro de calor que desprendió el H; y aún el vapor, al pasar al estado líquido, desprende más calor, que es parte del que tiene el oxígeno.

¡Pero qué trabajo les cuesta a los químicos y físicos admitir que el calor y la luz son una sustancia, y con qué facilidad creyeron los mayores absurdos, como aquello de la atracción, sin duda por venir de autoridades consagradas! ¿Por qué no dicen esos señores, en vez de que una combinación química desprende o absorbe calor, que desprende o absorbe movimiento? ¡Porque sería un disparate! La reacción Tyndal nos demuestra claramente que la luz es una sustancia y no un movimiento: porque ¿qué razón habría si la luz fuera movimiento de la materia o del éter para que las partículas de los gases y líquidos puros no se *moviesen*, ya que no se iluminan, y en cambio *se muevan* las partículas de los líquidos y gases impuros, ya que se iluminan con la luz? Y con arreglo a mi teoría resultara que siendo continuos los gases y los líquidos, como demostraré en seguida, no puede pasar la luz, que también es continua, a su través, pero cuando son impuros aquellos dos fluidos, fácilmente puede atravesarlos e iluminarlos.

Sin embargo, en esto del calor, voy a hacer una concesión provisional, que bien pudiera resultar definitiva, y es a saber: Hasta hace pocos días he creído que la electricidad fuese un fluido etéreo, continuo por lo tanto; pero en vista de que por repetidas experiencias se ha demostrado que son electrones materiales; (y no pueden ser otros que los poliedros que yo he descubierto, no los tres de que aquí hablo, N, O, C, sino de los que constituyen la materia sólida, miles de veces más pequeños que los tres citados en estado de gas); y cuyos electrones circulan a lo largo de los hilos, no porque aquellos tengan energía alguna, sino por la presión etérea que los empuja de donde sobran a donde faltan; y van por el exterior del conductor, no por el interior, donde es imposible que circulen ni el éter ni los electrones; y en vista también de que todo lo

que existe se reduce a ternarios, pues hasta en los binarios si bien se examinan, se encuentra algo del tercero en discordia, como entre la luz y las tinieblas está la penumbra, vendremos a parar en que con la luz, el calor y la electricidad, tenemos el siguiente ternario: de un lado, la luz, o sean radiaciones, oleadas de sustancia continua, etérea, que ilumina la materia discontinua; de otro, la electricidad, su contrario, o sean corrientes de materia discontinua, electrones que caminan por el éter que es continuo; y el intermedio de las dos sustancias, resultando el calor que circula por todas partes: éter y poliedros que lo atraviesan todo.

Pero esa concesión no desvirtua en nada mi otra proposición, puesto que ese calor sale de entre los poliedros y esferas H, de la materia que se disocia, o descompone, y vuelve rápidamente a ocultarse entre los poliedros y esferas que se unen o combinan para formar nuevos cuerpos, sean gaseosos, líquidos o sólidos. Y no son otra cosa la combustión, la fermentación y las explosiones; y ya tenemos aquí otro ternario, como no podía menos de suceder: la fermentación es lenta y continua; la explosión todo lo contrario, y la combustión, que participa de los dos fenómenos. ¿Hay nada más claro, señores científicos? Sí, aún lo verán mucho más claro, a medida que vayamos desarrollando tan vasto descubrimiento.

IV

Y ahora veamos cómo, cuando y porqué se forman los elementos poliédricos.

El éter es continuo y la materia discontinua; por lo tanto deben tener y tienen propiedades opuestas; (esta afirmación queda demostrada con todos mis trabajos anteriores y con el presente). Las dos sustancias son dueñas del espacio porque cada una de por sí a quedarse sola lo llenaría, no sólo por ser

contrarias, sino por la gran elasticidad del éter que tiende a ocuparlo todo; y como ello es imposible resulta la lucha eterna de quererse excluir ambas entidades. De manera que los astros se forman con el remanente de materia y éter que no cabe en el Universo; es decir, en si mismo, porque el Universo no es otra cosa que dos sustancias, una continua que no puede tener límites ya que es continua, y la otra, que es discontinua, sumergida en la primera. Y así podemos decir que lo permanente que es la extensión sin límites de materia y éter, y por lo tanto sin principio ni fin ya que es permanente, está ligado a la mutación de mundos que nacen y mundos que mueren. Pues bien, al estrechar el éter con sus presiones rectilíneas a las esferitas de hidrógeno, que son muy dúctiles, las obliga a tomar diversas formas, y a contraerse de los lados que vienen las presiones, pero siempre simétricas, y así en las formas vegetales, como en las animales, tiene que reinar la simetría.

Y como las dos sustancias éter y materia, obran en sentido opuesto por ser contrarias en su esencia, resulta el dualismo que encontramos en muchas cosas: la vida y la muerte; el bien y el mal; el dolor y el placer; lo real y lo ideal; el éter que se dilata y la materia que se contrae. Así los seres, por ejemplo, *crecen* y se forman de *dentro a fuera*, cual si se dilatasen como el éter; y al morir se descomponen y evaporan sus materiales, también hacia fuera; y los mundos, todo al contrario: *decrecen* y se forman *hacia dentro*, cual si se contrajesen como la materia, que no es otra cosa la condensación de sus vapores y gases en líquidos y sólidos; (y también se contraen y de estas contracciones periódicas, surgen las montañas); y al cesar su movimiento y fenecer, como están huecos, al revés que los átomos que están macizos, su corteza se hunde y precipita *hacia dentro*, en explosión formidable, y su materia poliédrica, con lo que llaman energía disipada que es el calor interpuesto entre los poliedros, se expansiona, se dilata, y se transforma en lo que fué: hidrógeno. Y con este, cuando está en exceso,

las presiones etéreas vuelven a formar nuevos poliedros y nuevos mundos: ¡el ciclo de hacer y deshacer, la mutación constante y eterna!

Y para justificar esto del principio y fin de los astros, que ya dije hace tres años en *Eter y Materia*, sin haber yo leído nada igual ni parecido en parte alguna, voy a copiar dos párrafos del discurso inaugural en el Congreso científico de Valladolid, por D. V. F. Escarza: «Por dos caminos distintos se llega a la misma conclusión de ser las nebulosas el principio y fin de los astros... ¿Hay nebulosas cunas y nebulosas tumbas?» Sí, señor. Bien claro se demuestra aquí por otro camino distinto. Y esas velocidades tan enormes de algunos astros, (seguramente en formación), que V. cita, obedecen a tres causas: 1.^a a la presión etérea, constante, que puede llamarse centrífuga, ya que engendra la traslación de los astros; 2.^a, a la presión contraria, centrípeta, ya que engendra la rotación de los astros; es decir, que no solo no ofrece resistencia la materia interplanetaria, (hidrógeno), sino todo lo contrario, porque cuanta materia y éter encuentran en su camino, lo absorben, y así aumentan de volumen, y 3.^a, un tercer movimiento interior que todos los astros tienen, y cuyo movimiento es centrifugo y centripeto a la vez, (no podía faltar el ternario), y con el cual el astro, sea gaseoso, líquido o sólido, conserva *siempre en su conjunto* una densidad mucho menor que la del hidrógeno, (la densidad variable que los físicos encuentran en los astros, aunque ellos lo ignoran, se refiere a la cubierta, sólida, líquida y gaseosa, no a los astros en sí). Y me reservo para el apartado X, la explicación completa de tan extraño fenómeno, de ese tercer movimiento sideral y será una sorpresa para todos.

Y así como los seres estamos formados por ternarios, voy a demostrar ahora mismo que también lo están los elementos químicos, como se ve en la siguiente tabla; y si todas las cosas se componen de ternarios, es porque el éter y la materia se dividen y transforman también por ternarios:

Tabla de los 30 elementos químicos más importantes que existen en la naturaleza

1 HIDRÓGENO						7 NEBULIO						4 HELIO					
14	N	28	Si	56	Fe	23	Na	46	Sc	91	Zr	35'5	Cl	72	Ge	143	Neodi.
16	O	32	S	64	Zn	27	Al	54	Mn	108	Ag	40	Ca	80	Br	160	Terb.
12	C	24	Mg	48	Ti	19	Fl	39	K	78	Se	31	Ph	63	Cu	126	I

V

Cuando hay exceso de hidrógeno y por lo tanto éter, puesto que van juntos, y sucede siempre que se destruye un astro, las presiones etéreas dividen a las esferas hidrogenales en tres grupos: 1.º en esferas sueltas; 2.º en pirámides triangulares de a cuatro esferas, y 3.º en pirámides cuadrangulares de a seis esferas, en forma de octaedros. Si amontonamos sólidos esféricos en las dos posiciones que se ven colocados los círculos de las dos figuras 4.^a y 5.^a, creeremos que son en realidad dos formas distintas de colocación, y sin embargo, aunque parezca mentira, es una misma; y en ella encontraremos las tres agrupaciones mencionadas, bien ordenadas y entremezcladas. (Y esto que concuerda con los tres elementos y con los ternarios, y que ya lo manifesté en *Eter y Materia* ¿no les llamó la atención señores míos?)

Y esos cúmulos de tres elementos nacientes, ya separados, que ocupan trillones de trillones de kilómetros cúbicos, es lo que llaman la materia cósmica; (la materia interplanetaria que no puede ser visible, es el hidrógeno puro); y con aquella materia cósmica, se forman las nebulosas, en las que se encuentran tres elementos: hidrógeno, helio y nebulio, llamémosle así al elemento desconocido que revela el espectroscopio en las nebulosas, y porque yo estoy seguro de que es así.

El hidrógeno, ya lo conocemos: con sus esferas sueltas, desprendiendo el éter que las envolvía y que se convierte en calor y luz, por lo que las nebulosas se hacen visibles, se forman los poliedros del cuadro primero, según demostraremos luego; el nebulio está constituido, como dijimos, por seis esferas contraídas en forma de un elipsoide. Dirán que esto es una afirmación gratuita, pero ya iremos viendo lo contrario; ahora piso sobre terreno firme y no temo equivocarme. El peso

atómico de este elemento nebulio es siete con relación al H.
Con estos elipsoides del nebulio se forman todos los poliedros

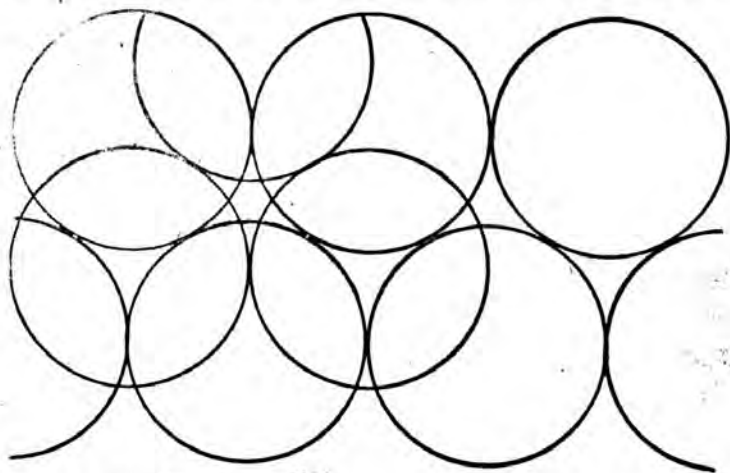


Figura 4.^a

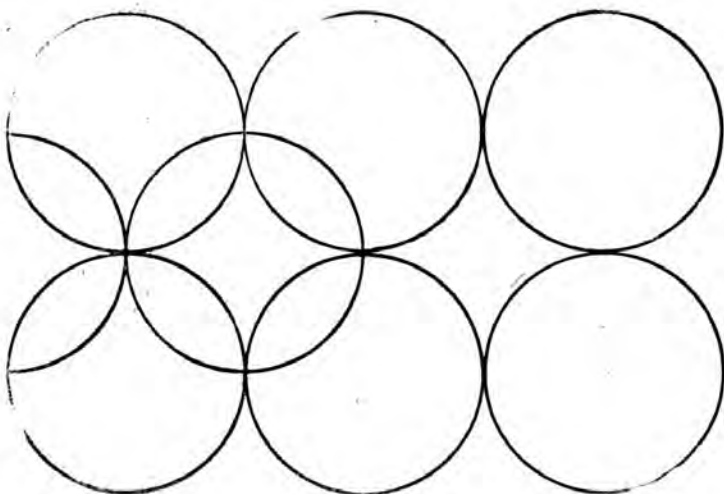


Figura 5.^a

del cuadro segundo. Y ahora viene el helio, el intermedio de su ternario que está constituido por cuatro esferas, contraídas en forma de ovoide, con los cuales se crean los poliedros del cuadro tercero. ¡Y qué exacto resulta el helio como intermedio del hidrógeno y del nebulio! Este tiene seis esferas, la mitad son tres; el hidrógeno tiene una esfera y otro tanto de volumen etéreo que la envuelve; luego al helio le corresponden cuatro esferas, que son las que tiene. Y con el peso atómico sucede lo propio: la mitad de siete que tiene el nebulio, son tres y medio, y otro medio de la mitad de lo que tiene el H, suman cuatro, que le corresponde al helio.

Y ahora aclararemos eso del éter que rodea a las esferas, aunque ya lo expliqué perfectamente en *Eter y Materia*.

VI

Ya vimos que el gas nitrógeno se compone de tetraedros del sistema regular. Efectivamente, unidos unos con otros sus poliedros, llenan el espacio y no pueden por tanto guardar energía, o sea calor, entre sus partículas, al contrario de lo que sucede con los del oxígeno y el carbono, y ese tetraedro N cubicado y comparado su volumen con el de la esfera de que procede, nos da su peso atómico con relación al H. Y por si alguno desea cubicarlo, diré que obtendrá la séptima parte, un poco escasa, del volumen de la esfera comparada; más como el hidrógeno estando a 0° y presión normal se halla en equilibrio con el éter que rodea sus esferas, cuyo equilibrio consiste en ocupar igual espacio el éter que esas esferas, y como el éter no tiene peso, ya que sus propiedades son contrarias a las de la materia, resulta que en vez de la 7.^a parte, es la 14.^a del átomo clásico del H; es decir, que se necesitan 14 tetraedros para igualar su volumen, pues cada esfera H, al contraerse, queda reducida a uno de esos tetraedros; y aún falta una

pequeña fracción para igualar los dos volúmenes, H y N, que precisamente es la fracción que tiene el peso atómico del N con relación al H.

Para ubicar los tetraedros del oxígeno y del carbono, hay que descontar el volumen que ocupa el calor encerrado entre sus poliedros por no poderse yuxtaponer unos con otros como los de N. El carbono encierra la mitad de energía o calor mejor dicho, que el oxígeno, porque la forma de aquel tetraedro está entre la de este y la del N, que no tiene calor alguno.

Y ahora fijémonos en los tres cuadros de la página 19.

El primer ternario vertical del cuadro tercero, Cl, Ca y Ph, son tres tetraedros de los mismos sistemas que los de N, O y C, pero algo mayores; están estos con aquellos en la relación de 14 a 16; supongamos que las esferas que los producen tienen 16 de diámetro, pues la arista del tetraedro N tendrá 14 y el tetraedro del cloro como está formado con cuatro esferas, o sea un ovoide del helio, y los centros de las esferas son vértices del tetraedro, resultará que la arista de este es 16. Si ubicamos este tetraedro del cloro, también encontraremos exacto su peso atómico con relación al H: (Así lo manifesté en *Eter y Materia*, pero podía ser una casualidad y otra la del nitrógeno y por eso no me hicieron caso los señores sabios).

El primer ternario del cuadro segundo, formado con elipsoides del nebulio, son octaedros de tres sistemas distintos.

Veamos ya como se formaron los principales elementos químicos.

Para hacerse el carbono con las esferas H, sirvieron de moldes los tetraedros del N y del O; así, el diamante, cristaliza en el sistema regular del N, que es el padre, y el grafito, en el exagonal, nuevo sistema que nace de los dos primeros N O; y el C amorfo pertenece a su sistema, en el que por lo visto no puede cristalizar.

Pasemos al silicio. Está formado con los elementos N C; los dos poliedros se funden en uno solo, transformándose en

un octaedro del sistema del padre que es el N. Como el éter estrecha más y más la materia con sus presiones para ganar espacio, cada elemento nuevo que hace tiene la mitad de volumen que el padre que lo engendró, y por tanto debe tener y tiene el doble de su peso atómico. Véanse los 27 elementos de los tres cuadros, cómo se van doblando sus pesos atómicos en los nueve ternarios; y el primer elemento de cada serie es intermedio de los siguientes; por ejemplo: 32 del S y 24 del Mg, son 56, la mitad tiene el silicio. Los pesos atómicos de los tratados de química no pueden ser exactos, porque cuando los elementos se formaron, las temperaturas para cada uno eran iguales, y no podían tener impurezas de otros cuerpos, y ninguna de ambas cosas puede conseguirse en los laboratorios. Unicamente por la Geometría se podrá averiguar el peso atómico exacto de todos los elementos, buscando la forma poliédrica de cada uno. Lo que puede asegurarse es que los pesos se van doblando como indican los nueve ternarios.

En el caso del silicio, el padre es el N y la madre el C; así, las propiedades del hijo son parecidas a las de sus padres; por tal razón cristaliza el Si en octaedros regulares, sistema como el de N; y en láminas exagonales como el grafito.

Veamos el azufre. Está formado con el O y el C, y de estos dos sistemas nace el monoclinico; así cristaliza el azufre en el sistema rómbico del C y en el nuevo sistema citado; hay otro azufre que pertenece al exagonal, el cual nace como ya hemos dicho, del primero y segundo sistema, que sirvieron para hacer el C, y entiéndase bien: no es que del N y del O, nazcan dos sistemas, el exagonal y el rómbico; éste nada tiene que ver con el N y el O, o sea con los dos sistemas primeros, porque el rómbico es sistema fundamental que nace con el mismo C; el exagonal deriva del primero y del segundo, y el monoclinico, del segundo y del tercero. Los dos sistemas que faltan no será difícil encontrarlos.

Lo que estoy explicando ahora son ideas generales que ser-

virán de base para que los fisico-químicos puedan buscar y encontrar todas las derivaciones y combinaciones de unos elementos con otros. Ya comprenderán mis lectores lo complicadísimo que son estos trabajos. ¡Sólo yo se lo que me ha costado, no solo descubrir todas esas cosas tan grandes, las más grandes que podían descubrirse, sino aclararlas y ponerlas al alcance de muchas inteligencias! ¡Y sin ayuda de nadie! Si alguna falta encontraréis bien merece ser dispensada.

Con los tres tetraedros N, O, C, están moldeados, tanto los octaedros Na, Al, Fl, que nacieron como dije, de los elipsoides del nebulio, como los tetraedros Cl, Ca, Ph, que se formaron de los ovoides del helio, y la cubicación de algunos de ellos, como el sodio y el oxígeno nos lo demostrará al confrontar sus pesos atómicos y las formas de sus poliedros. Ya sabemos que la arista del tetraedro del cloro tiene 16 en vez de 14 que tiene el del intrógeno, pero si nos fijamos en el lado mayor del escaleno de nuestra figura, veremos que tiene exactamente 16 también, o sea el diámetro de la circunferencia, es decir que los lados de los tres triángulos de nuestra figura, coinciden con los lados de los seis poliedros mencionados.

Todos los demás elementos poliédricos de nuestros tres cuadros parece que son combinaciones de unos con otros, como hemos supuesto al hablar del silicio y del azufre; y siendo así, resultaría que solo existen 12 elementos formados *directamente* del hidrógeno, incluyendo éste, o sean los tres ternarios verticales primeros de los tres cuadros, con más el H, el He y el Neb.

En *Eter y Materia* afirmé que el potasio se formó con 1 de Na y 1 de O, y el cobre, con 1 de Ca y otro de Na, contraidos a la mitad, y ahora veo que acerté.

Y respecto a los demás elementos químicos que faltan en la tabla que acabamos de estudiar, no hay que decir que son derivaciones y combinaciones de aquellos, pues ya se ha demostrado que del urano sale el radio, al perder tres átomos de

helio, y que se derivan de aquél hasta 26 *elementos*, entre ellos el torio y el actinio. Y el malogrado Ramsay consiguió la transformación del silicio en carbono; lo que indica que todos los elementos, con temperaturas y presiones adecuadas retornan por el camino que se formaron, hasta llegar al H.

Respecto a las densidades de los elementos líquidos y sólidos de la tabla que acabamos de estudiar, poco puedo decir, por ser muy complicado el problema, y ser mis descubrimientos tan recientes: sería aventurado lanzar afirmaciones sin fundamento serio. Pero voy a llamar la atención sobre algunas observaciones que he hecho. La densidad del oxígeno líquido es el doble que la del nitrógeno, también líquido. En igual caso están el Ca con el Br. En cambio el Fe, que también está junto al Si, y es doble su peso atómico, la densidad es triple que la del silicio, y así quizás suceda con el Mn y el Al. Parece como si al pasar de un metaloide a un metal la densidad se triplicara; y si ocurre al contrario, como en el Ca y el Br, se duplica como su peso atómico. De todos modos ésto es un indicio de lo que realmente sucede.

Y ahora me voy a permitir clasificar los 30 elementos de mi tabla original, en cuatro grupos bien definidos:

7 gases elementales:

H—He—Ne—N—O—F—Cl.

8 metaloides:

S—Mg—P—Br—I—Na—K—Se.

7 metales ligeros:

Si—C—Ca—Al—Sc—Ti—Terbio.

8 metales pesados:

Fe—Zn—Ge—Cu—Mn—Neod.—Zr—Ag.

VII

Si no se van convenciendo mi lectores con lo que llevo dicho, yo creo que al cubicar varios elementos y encontrarnos con que efectivamente responden los pesos atómicos a los suyos propios, se rendirán a la evidencia, ¿no les parece, señores? Y entonces no tendrán duda de que el calor existe como sustancia, a no ser que sigan creyendo que por arte milagroso se separan y se juntan los poliedros y esferas de la materia, o esos que llaman iones y electrones, y continuen sosteniendo el absurdo de que cuando se calienta un cuerpo *empieza el movimiento*, el baile como si dijéramos, de eso que llaman átomos y moléculas, los cuales no existen aunque se escandalicen los creyentes de tales teorías. Con razón dijo el citado Sr. Arcarza en su discurso de Valladolid,—a cuyo Congreso mandé otra Memoria en la que yo afirmaba que ni existe la molécula ni el átomo, y luego lo demostraré,—que «el conocer la constitución y evolución de la materia, es de lo más interesante». ¡Ya lo creo! ¡Cuántos desatinos se encontrarán como éstos que han venido pasando por verdades inconcusas!

Y ahora vamos a cubicar varios elementos. Pero han de perdonarme, que no les hable en el tecnicismo científico que usan los profesionales, ya que no lo conozco; pero en su defecto hablo con la suficiente claridad para que todos me entiendan. Jamás tuve paciencia para estudiar el fárrago de detalles inútiles, fórmulas pesadas y laberínticas, y perogrulladas insignes, conque han *adornado* todas las enseñanzas científicas, para no demostrar después de todo, absolutamente nada. Cuando leí en la Geometría de Comberouse aquél teorema 31 que dice que «la suma de los lados de un triángulo envuelto es menor que la suma de los lados del triángulo envolvente, y aquello de que cuando dos triángulos superpuestos coin-

ciden, es porque son iguales, estuve a punto de quemar el libro, pero aplaqué mi cólera llamando imbécil al autor.

Y fué tal mi rebeldía al estudio metódico y sistemático que el vulgo sigue, que no tuve nunca profesores que me enseñaran; ni he visto un laboratorio de química, ni un gabinete de física, ni un centro docente, exceptuando la escuela de mi aldea. Y hace 7 años, ¡cuándo cumplí 54 de edad! *empecé* a hojear libros de ciencia en las Bibliotecas públicas, por carecer de medios para comprarlos, hasta el punto de que el compás que me sirve para mis trabajos geométricos, y que lo conservo y trato como a una reliquia, lo hice yo mismo con una caña.

Prescindo de cubicar los poliedros del N y del Cl, porque sus operaciones están al alcance de cualquiera, y en *Eter* y *Materia* lo expliqué muy bien.

Hablar aquí de superficies, será igual que hablar de volúmenes para encontrar los pesos atómicos. Tomemos como unidad del hidrógeno un círculo con 16 de diámetro, cuya figura representa a su esfera, y ya sabemos que a ésta la envuelve otro volumen igual de éter-calor, (estando a 0° y presión normal). La superficie de ese círculo tiene 201'06 y la misma será la del éter que le rodea. Prescindamos de las fracciones para simplificar más las operaciones, y ya sabemos que el átomo clásico de H tiene 402 de superficie; (no es que exista el átomo de H, es que partimos de su volumen que los químicos llaman átomo).

Vamos a cuadrar el nebulio. Entran para formarlo, como sabemos, 6 de H por $402=2412$. El rectángulo circunscrito al eje menor de la elipse y a sus dos focos, (que son los diámetros del elipsoide), tiene 14 por $24'61=234'5$, que divididos entre los 2412, resultan los 7 del peso atómico del nebulio.

Ahora falta aclarar el porqué hemos medido el rectángulo y no la elipse: sencillamente porque el elipsoide, como el ovoide y la esfera, y todos los poliedros irregulares, no pueden unirse entre sí como los poliedros del N y del Cl, y los huecos que

quedan entre esas partículas están ocupados por éter-calor que nada pesa; y pronto lo irán comprendiendo al ver el resultado de las operaciones; y estas, señores, no van a ser casualidades, ya que las figuras de que nos valemos, no están hechas a capricho, sino sujetas a reglas y leyes fijas.

Veamos el helio. Entran para formarlo 4 de H, por $402 = 1608$. El rectángulo circunscrito a la parábola desde su base hasta su foco, que es la altura del ovoide tiene $22'45 \times 18 = 402$, que divididos por 1608, dan 4, peso atómico del helio.

Cuadremos el oxígeno y veremos ahora mismo que de cada 100 litros de ese gas que penetra en nuestros pulmones, la quinta parte, o sean 20 litros, son de fuego puro, de calor o de florigisto, como queráis llamarle. Y ya habrán comprendido ustedes que fácilmente se puede calcular el calor que rodea o tiene el nebulio y el helio, y todos los elementos que lo tienen, pues no hay más que deducir, en el helio por ejemplo, el espacio de la parábola que representa a la materia, de la superficie que tenga su rectángulo, y la diferencia que resulte, es el calor que buscamos:

Diez tetraedros del oxígeno forman un poliedro estrellado; salieron de diez esferas H, y por lo tanto debe pesar el tal poliedro diez veces más que una de las esferas, la cual es medio átomo H como ya sabemos, y el volumen del poliedro con el calor que encierra, también es medio átomo; luego dos poliedros estrellados pesarán 20 veces más que el átomo clásico de hidrógeno, (que es una esfera y otro tanto de volumen del éter-calor que la rodea); y ese sería el peso atómico del O, en vez de 16 escasos, si sus poliedros pudieran unirse como los del N, y los del Cl. Veamos de repartir la diferencia de 16 a 20 entre los huecos de los poliedros, huecos que están llenos de calor como hemos dicho, para rebajar y equilibrar el peso atómico entre el volumen de ambas sustancias.

Si trazamos sobre el papel cuatro polígonos de diez lados iguales cada uno, bien unidos, y medimos la superficie que

queda entre los cuatro polígonos que representan a los poliedros estrellados, tendremos la cuarta parte del espacio que ocupa el círculo circunscrito a uno de esos polígonos, cuyo círculo representa a la esfera o medio átomo H. El círculo que nos viene sirviendo de patrón tiene 201, la cuarta parte será 50'25 que habrá entre los cuatro polígonos, y cuya superficie le corresponde a uno solo. Supongamos por un momento, para no hacernos un verdadero lío, que el polígono que en este caso representa a la materia, ocupa toda la superficie de su círculo citado; luego rebajaremos los segmentos. Pues bien, de los 20 que pesa la materia con relación al H, hay que rebajar la quinta parte, o sean 4 unidades que le corresponden al espacio del calor que también ocupa el exígeno; y ya tenemos rebajado a 16 el peso atómico del O; pero aun de esta cantidad hay que deducir una pequeñísima parte que le corresponde a los segmentos que pusimos como materia, y es calor. Esta operación es larga de hacer por lo complicada, y no merece que nos ocupemos de ella; pero la fracción que le falta a los 16 del peso atómico del O con relación al H, se reparten en esos segmentos.

(Es extraño, confuso y anticientífico, el que en muchos tratados de química se refieran los pesos atómicos de los elementos al del oxígeno, y las densidades de los gases y vapores a la del aire. ¿No es el hidrógeno el más ligero? Pues solo a este elemento debemos referirnos en los dos casos, y así en lo sucesivo yo no volveré a repetir la muletilla «con relación al H»).

Véamos de ubicar el sodio, ya que sabemos que es un octaedro cuadrático. Con este dato y conociendo su peso atómico, fácil nos ha de ser encontrar su tamaño relativo y su forma exacta. Véase nuestra figura primera y en seguida encontraremos una de las caras del octaedro del sodio, si trazamos un triángulo sobre la parte de la base del equilátero, cortada por el isósceles, (que ya dijimos es el radio de la circun-

ferencia), dándole a ese triángulo la misma altura que su base. Y ahora solo nos resta hacer la misma operación que con el nebulio: La altura del rectángulo equivalente a la del octaedro considerado, (no a la de sus triángulos), es $13'5 \times 7'8$ de su lado menor = 105, que dividido por 2412 de los 6 átomos H que entran a formarlo, dá 23 escasos, peso atómico del sodio.

Las cuatro operaciones que acabamos de realizar, tienen el mismo significado que cuando mezclamos líquidos de distintas densidades y el todo tiene la densidad media de aquéllos. Cuando en estas mezclas hay contracción aparece calor y si pudiéramos medir éste directamente encontraríamos el mismo volumen que la merma.

Dicen que para muestra basta un botón, y aquí hemos presentado cuatro ejemplos, que con los dos del N y el Cl, son 6 elementos, cuyos pesos atómicos concuerdan con los que resultan de las figuras respectivas que tienen sus partículas más pequeñas; pero si algún descontento o incrédulo no quedase satisfecho, aún podemos repetir estas operaciones en algunos elementos más de los que figuran en nuestra tabla.

Y ya tienen en la *Clave del Universo*: Los físico-químicos, la piedra angular de la nueva Química, la visión ideal y real de lo infinitamente pequeño: Los geómetras, el origen de la Geometría; ahora vemos que la línea recta nace de la línea curva; el tetraedro N es el primero en deformar las esferas de la materia, y por existir los poliedros existe la línea recta; pero como los poliedros se transforman otra vez en esferas, podemos decir con igual razón que la línea curva nace de la línea recta: las dos verdades se contradicen, se repelen, pero son ciertas porque las separa el tiempo: Los filósofos, el fundamento de toda la Filosofía; el bien y el mal en oposición constante, pero unidos en estrecho lazo: Los astrónomos, la génesis de toda la Astronomía, de lo más grande del Universo: Y los biólogos el principio y la división de todos los organismos que pueblan la Naturaleza.

VIII

No hemos hablado aún y llega el momento de hacerlo, de la línea de puntos que se vé en nuestra figura 3.^a, y con cuya línea se forma otro triángulo escaleno más pequeño pero de los mismos grados, al cual puede llamársele,—refiriéndonos a la creación y procreación de los seres,—la hembra, la hija del equilátero y del isósceles, como el otro escaleno mayor, es el macho, hijo también de aquéllos. Ya manifestamos que la tal figura abarca todas las ciencias, incluso, claro está, la ley de herencia. En todas las razas puras, el macho es mayor que la hembra, como sucede en los 4 triángulos de la figura 3.^a Cuando sepamos interpretar la ley de Lint sobre la herencia, encontraremos su exactitud en nuestra figura 1.^a Y no es que la naturaleza busque el equilibrio para evitar que desaparezcan las especies, como ha dicho algún iluso: ¡qué sabe de eso la naturaleza! si tuviere inteligencia se equivocaría como los seres que la tenemos, y la naturaleza no se equivoca nunca, siempre hace las mismas cosas y del mismo modo: automáticamente.

El corazón humano, como el de todo animal superior, tiene la forma de un tetraedro alabeado, como el ovoide del helio, y si lo cortamos verticalmente, las paredes de las cuatro cavidades representan los 4 triángulos citados, dentro del mismo escaleno mayor. Véase su dibujo en las láminas de Fisiología en tamaño natural. Esto es un dato de interés para la ley de herencia ¡quién sabe si en esos triángulos, que nacen de la forma exacta del corazón, no está el secreto de la creación del germen que da nacimiento a la progenie!

La superficie de los cuatro triángulos de la figura 3.^a—crece entre unos y otros de menor a mayor por igual. Demos al círculo 16 de diámetro como dijimos, y tendrán: el isósceles, 70; el escaleno pequeño, 77; el equilátero, 84, y escaleno ma-

yor, 91; es decir, que va aumentando la superficie de 7 en 7, menos las pequeñas fracciones en más y en menos, que son precisamente las que tienen sus elementos respectivos en sus pesos atómicos. Y los dos escalenos, no están trazados a capricho porque los limitan, el círculo por un lado y por el otro los triángulos isósceles y equilátero.

Se me dirá que el escaleno pequeño no solo es intermedio, o mixto del isósceles y del equilátero en la forma, como el escaleno mayor, sino también en la superficie, y claro que en el volumen sus respectivos poliedros, y que parece natural que debía existir un elemento químico equivalente, cuyo peso atómico fuese 15. Efectivamente, lo pienso así, estudio las propiedades de algunos cuerpos y encuentro con agradable sorpresa el que corresponde a ese escaleno ¡el bióxido de nitrógeno! *compuesto* de O N como *compuesto también* es ese escaleno de los triángulos que representan al N O ¿Queréis mayor evidencia?. ¡Esa es la misma realidad! Ya sabemos la forma exacta que tiene el poliedro del óxido nítrico, un tetraedro del sistema rómbico, como el del carbono. Al unirse los tetraedros N O, como su materia es elástica y fácilmente deformable, adoptan la nueva forma, o sea la del tetraedro intermedio, y así consigue la materia su equilibrio, que las presiones etéreas y materiales, le obligan a buscar.

Se me dirá que el carbono podía ser otro compuesto de N O ya que lo es el bióxido de nitrógeno, teniendo el mismo poliedro, aunque más pequeño. En primer lugar, ya es más pequeño; en segundo, que no puede descomponerse como el bióxido; y en tercer lugar que así como existen los tres triángulos y tres tetraedros fundamentales, deben también existir sus elementos correspondientes; y además porque coincide el peso atómico de ese tetraedro con el del carbono, que nace directamente de la esfera, y por ello es intermedio de N y O en la forma, pero no en el volumen como lo es el bióxido de nitrógeno.

Como en la figura que sirve de título a esta obra portentosa, podemos trazar el cuadrado, el rombo, la pirámide, etcétera, etc. estoy por asegurar que dentro de esa figura se encuentra la forma y el tamaño relativo de todos los elementos químicos que existen y quizá de todos los cuerpos compuestos.

Ahora que se ven las cosas tal como son, nos explicaremos muchos fenómenos que antes eran incomprensibles; uno de ellos es este: vemos varios cuerpos que se forman en cristales relativamente grandes para el tamaño que deben tener sus poliedros microscópicos. Que suceda esto en aquellos que adoptan la forma cúbica tenía fácil explicación, pero en los octaedros, por ejemplo, no; ahora sí. El ejemplo que acabamos de exponer de la transformación de los tetraedros NO en tetraedros del sistema rómbico para formar el bióxido de nitrógeno, nos demuestra que todos los cuerpos al cristalizar, lo mismo que los vapores al pasar al estado líquido, se comportan exactamente igual que las gotas de mercurio: miles de gotas microscópicas forman una sola gota. Así hay que creer firmemente que los líquidos, como los gases y muchos sólidos son cuerpos continuos ¿Que se reúnen 20 octaedros del sodio? Pues los 20 se convierten en uno solo y todo el calor que envolvía a los pequeños octaedros se reúne y envuelve a los mayores. ¿Que se evapora el sodio o se combina con otros cuerpos? Pues con igual facilidad se separan para evaporarse o para combinarse.

Y siendo cierto lo que acabo de decir y siéndolo también el que los poliedros de cada elemento químico son desiguales en la forma y en el volumen, a todos los poliedros de los demás elementos, vendremos a parar en que no pueden existir ni la molécula ni el átomo. Véamos sin embargo de buscar la molécula del agua, y veremos que a la parte más pequeña de su vapor no se le puede llamar ni siquiera átomo.

Ya hemos visto que un poliedro estrellado de O es su medio átomo, es decir, que su volumen equivale a la esfera H , y como para cada uno de O entran dos de H al formar el agua,

resulta que para cada poliedro estrellado de O corresponde una esfera H; y esto viene bien porque el calor del hidrógeno desaparece y queda un volumen aproximado de cada elemento. De manera que la partícula más pequeña del vapor de agua consiste en un poliedro estrellado, con su esferita interpolada entre los diez tetraedros, uniéndolos entre sí, ya que el hidrógeno es la materia más dúctil, casi un líquido. Y ya sabemos en qué consiste la *molécula* del agua, en medio átomo de O y medio de H. Y aún pudiéramos demostrar que esto no es completamente exacto, porque el O en estado de vapor y gas, lleva su poliedro alrededor, aquel calor cuyo volumen medimos dentro de los cuatro polígonos, así que no son dos medios átomos de igual volumen los que constituyen esa *molécula*, si tal puede llamársele. Y cuando el vapor se transforma en líquido, como es continuo, dejan de existir esas partículas y desaparece parte de su calor. Se transforma en líquido el vapor porque la presión atmosférica reduce a esos poliedros con sus esferas tanto como la diferencia que existe entre los volúmenes de los dos estados: si de un litro de agua se producen unos 1700 de vapor, es porque su materia se ha dilatado 1700 veces el volumen que tenía en estado líquido. Ahora se explica perfectamente el que al evaporarse el agua queden en el fondo las sales y otras impurezas que no pueden adherirse a las partículas de vapor, las cuales ascienden aisladas unas de otras, y como pesan mucho menos que el aire, se elevan fácilmente. Se produce la lluvia porque las bajas temperaturas de la atmósfera absorben parte del calor que llevan esos corpúsculos vaporosos, y tienen que unirse unos con otros necesariamente, y cuando forman gotas caen al suelo, no por la atracción terrestre sino por la presión etérea que comprime al mundo.

Al llegar aquí leo en una Revista popular madrileña, del 12 de marzo último, que se ha demostrado que «las gotas de los líquidos, al descender por unos tubos, adoptan tres formas

distintas: la esférica, la elipsoide, y la ovoide; y que la película que las envuelve es perfectamente continua» ¡Cómo que es el éter-calor que las envuelve y así resulta el líquido continuo según he afirmado! Y las tres formas de las gotas corresponden al H, al He y al Neb. ¡Pero si no hay una sola cosa que no venga a confirmar mis teorías! Y ya tenemos ahí un ternario más.

Voy a citar otro que se me viene a la pluma, el ternario más grande del Universo: se forman los elementos químicos lentamente al hacerse un mundo; al finalizar su vida, después de millones de millones de siglos, llega la explosión apocalíptica, lo discontinuo; y su materia y éter retornan a su anterior estado para seguir el ciclo estelar. Su intermedio en este ternario fabuloso es, mientras se mueve el mundo en el espacio, la formación de cuerpos compuestos para producir los organismos, con la descomposición de éstos para volver a empezar el ciclo vital. Y como a la Química orgánica se la llama química del carbono, concuerda con el intermedio del ternario N, O y C.

En Física se conoce un fenómeno interesante y extraño que no tenía fácil explicación: en un recipiente cerrado lleno de gas entra la misma cantidad de vapor que si el recipiente estuviera vacío. Y ya deja de ser esto incomprensible: los gases son continuos, se asemejan al éter, y los vapores discontinuos, así que se comportan éstos entre los gases como las esferas H sumergidas en el éter: las partículas de vapor se contraen a la mitad de su volumen por aplastamiento, y a la vez el gas se contrae también la mitad, dejando sitio entre sus poliedros aplastados, a las partículas vaporosas; es decir, que los dos se contraen, y así viene el equilibrio de ambos fluidos en uno nuevo, que es el complemento del ternario.

Y ya que de ternarios hablo nombraré el más importante de los seres: la inteligencia es lo continuado, lo permanente; la voluntad, es su contrario, el acto, la ejecución de lo pensa-

do, lo discontinuo y la memoria es el resultado, el intermedio de aquellas dos potencias. Sin la voluntad para retener las ideas, no habrá recuerdo, y sin la inteligencia que concibe las ideas, no habrá memoria.

IX

Los defensores del transformismo, ya tienen despejado el campo para poder discutir su doctrina con conocimiento de causa... En todos mis trabajos anteriores negué el transformismo... y ahora lo sigo negando.

Las cuatro grandes divisiones en que clasificaron los naturalistas a todos los organismos, ya tienen su fundamento y explicación. Pero la división la hicieron bastante mal. Bien a la vista está que el tipo de los Moluscos debe ser el 1.º y no el 2.º, por pertenecer al primer ternario H, He, Neb; sus formas lo están diciendo lo mismo que sus limitadas o escasas especies y variedades, por existir en ese tipo químico solo un ternario. Recordemos que cada elemento del cuadro primero está hecho con una esfera y a ese cuadro pertenece el tipo de los Zoófitos; es decir, que debe estar en 2.º lugar y lo clasifican en el 4.º. Al cuadro segundo pertenecen los Vertebrados que ponen en 1.º lugar, debiendo ser el 3.º. Y los Articulados, que clasifican en 3.º lugar corresponden al 4.º, que es el cuadro tercero. Los cuatro tipos del reino vegetal, fácil les será a los naturalistas clasificarlos en su lugar correspondiente.

Las especies, variedades y familias de los dos reinos, se derivan de los cuatro tipos en una forma parecida a la que voy a explicar en cuatro rasgos. Dirán ustedes que en cada cuadro de nuestra tabla solo existen tres ternarios, y no es cierto; se encuentran muchos más: tres verticales, tres horizontales y dos diagonales (¡siempre el ternario!); es decir, que en cada cuadro tenemos ocho ternarios *diferentes*. Así pues, las especies,

variedades, familias, clases y subclases, se podrán clasificar en la dirección que siguen esos ternarios y sus derivados, que son los *compuestos* restantes que llaman *elementos*, y no figuran en la tabla.

Y ya tienen los biólogos descubierto el mecanismo de la *afinidad electiva* de las células, que *rechazan* unas sustancias y *admiten* otras. No existe tal afinidad ni tal selección; ocurren sencillamente tres cosas: de un lado las presiones etéreas continuas, que tienden a contraer y estrechar a la materia y equilibrarla; de otro lado la forma de los poliedros, lo discontinuo y la tercera la membrana y su porosidad, que es lo continuo y lo discontinuo juntamente.

No faltará quien me pregunte que cómo y cuando comenzó la vida de los seres. Algo difícil es contestar de un modo satisfactorio, pero repetiré en esencia lo que ya dije en *Eter y Materia*, que será lo más cierto, o lo que más se acerque a la verdad.

Sabemos que los astros empiezan siendo gaseosos, y a medida que se van enfriando se van condensando y solidificando. Sobre el fuego central se forma una cubierta sólida con los vapores de varios minerales que primero pasan al estado líquido y más tarde al sólido, por enfriamiento de las aguas que sobre la corteza se van posando; (en el apartado siguiente diré qué presiones son las que sostienen esa cubierta); y cuando la temperatura de la corteza es apropiada, surge espontánea la vida de los seres. Al aparecer los continentes por levantamientos del suelo ocasionados por presiones exteriores, se forman con las lluvias torrenciales, fuentes y ríos de aguas fluviales, mezcladas al principio, durante muchos siglos, con las aguas de los mares; y así los organismos que se vieron sorprendidos sin poder volver a su primer elemento, se fueron adaptando al segundo y al tercero, que es el intermedio del ternario, y más tarde al tercero que es el terrestre. Así que el origen de todos los seres, incluso el del hombre es el marino: nuestros antepa-

sados, pues, fueron mamíferos marinos; después anfibios y ahora ya nos consideramos hombres ¡seres superiores! ¡Y nos destruimos sin piedad, con más odio que las mismas fieras!

X

Y ahora voy a completar aquella idea o explicación que dejé en suspenso sobre el tercer movimiento en el interior de los mundos, idea tan absurda y cierta juntamente que hará sonreír a los incrédulos.

En mis publicaciones anteriores manifesté que los astros todos están huecos de materia y llenos de éter, en el cual se disuelve la materia poliédrica, cuando fenece un astro, y se transforma en lo que fué: hidrógeno. Pero yo me he preguntado: ¿Y a dónde va entonces eso que llaman *disipación de la energía, ese mar de la entropía*, que dijo el Doctor Carracido, y es el calor encerrado entre los poliedros de la materia, calor absorbido de lo que fué luz recibida del sol y otros astros en el transcurso de los siglos? ¿Es que esa energía, ese calor mejor dicho, desaparece para siempre? ¡No! Si fuera movimiento, sí. Nada se crea ni se destruye; todo se transforma lentamente o instantáneamente.

Yo pensé como vosotros que el Universo estaba formado por dos cosas solamente: éter y materia; pero mis trabajos hanme demostrado que existe un tercero en discordia, ¡el que no podía faltar! ¿Y cual será este...? ¿Seríais capaces de adivinarlo? ¡Imposible! ¿Qué podrá surgir, pues, de entre estas dos entidades tan opuestas cuando luchan por excluirse? Más claro: si en esa lucha titánica se excluyen a la vez ambas sustancias, separándose la una de la otra ¿qué resultará? ¡Señores, el vacío absoluto! ¡La nada que por lo visto es algo! Eso tenemos dentro del mundo: en su centro, la nada; a su alrededor, el eter-fuego y sobre esté, la materia; al revés de como

sucede al exterior: primero, los sólidos; después, los líquidos y encima, la atmósfera. ¡Y cada una de las tres cosas: la nada, el fuego y la materia, ocupa varios millones de kilómetros cúbicos! Y así se explica bien el que al sumergirse la materia de un mundo destruido en el vacío absoluto, no habiendo presiones etéreas, fácilmente vuelve la materia poliédrica y su *energía disipada*, a su estado anterior, que es el hidrógeno. Y justifican esas explosiones formidables de los mundos, las apariciones súbitas de astros que aparecen y desaparecen, de cuyo fenómeno también habla en su magnífico discurso el Sr. Ascarza.

Y ahora me falta explicar el tercer movimiento, el complemento del ternario. El eter central de los astros gira en sentido opuesto a la rotación exterior, y se produce una presión centrífuga y centrípeta juntamente, contra la bóveda tarráquea: ¿No la veis con los ojos de la inteligencia...? Y a medida que el éter se va estrechando para destruir al mundo, para hacerlo estallar hacia fuera ¡la nada se va agrandando! ¡El espacio que pierde el eter, la nada lo va ganando! Y en el momento en que la presión exterior de un astro domina a la presión interior, o viceversa, se origina la explosión y perece el mundo instantáneamente. Y la tal presión etérea del interior del mundo, es la que sostiene en equilibrio a su cubierta sólida y líquida: para dicha cubierta, la presión es centrípeta y para el éter que la ejerce, es centrífuga.

Y no creamos que la nada solo existe en el interior de los astros, en lo infinitamente grande; estará también en lo infinitamente pequeño; en todas las cosas. No tengo la menor duda de que si aumenta el volumen del agua al congelarse, es porque los poliedros del oxígeno se ahuecan dando salida al calor que aún tenían y en su lugar queda la nada, aumentada de volumen. ¡El volumen de la nada...! ¡Y no creían en el volumen del calor! ¡Quién sabe si el frío, desde cierto grado, no es la falta de calor, sino la nada!

XI

¿Que los miopes de inteligencia y de cultura no me han comprendido y los egoistas y envidiosos no quieren comprenderme? ¡Bah! No faltarán hombres buenos con verdadero talento,—cuyas dos cualidades van siempre juntas,—que sabrán hacerme justicia; y no la pido para mí, que ya soy viejo, y además estoy acostumbrado a las injusticias, sino para la inconsciente humanidad que por ser inconsciente es menor de edad y no sabe lo que se hace; ni lo sabrá jamás ya que las tres cuartas partes del género humano es y será siempre bastante obtusa. ¡Solo la Ciencia y los hombres buenos pueden redimirla y consolarla!

Nos llamamos civilizados y no se nos cae la cara de vergüenza cuando vemos pasar a nuestro lado criaturas hambrientas, desnudas y resignadas. Y es que la mitad de la humanidad es perversa porque fatalmente existe y el mal el bien por iguales partes, y los buenos a veces se contaminan con los malos. Llevemos a estos por el buen camino; démosles lo necesario para sus necesidades fisiológicas, y todos nos conduciremos como buenos.

Quien ha descubierto lo más grande del Universo, tiene autoridad suficiente para hablar como yo voy a hacerlo en pocas palabras y mal hilvadadas por la premura del tiempo, tratando de lo más trascendental para el género humano: de su condición social para el porvenir. Y esa autoridad conquie yo me invisto, queda consolidada por mi dilatada experiencia. Durante medio siglo he recorrido toda la escala social, y conozco las necesidades, las devildades y las injusticias de los hombres, como también conozco el remedio que debe aplicarse, el único que queda para que la Nueva Sociedad humana sea relativamente feliz.

Mientras exista la propiedad individual, habrá guerras y habrá luchas entre los hombres y las naciones, por defender o aumentar lo robado que llaman propiedad ¿Qué derecho tiene el hombre para explotar al hombre? ¡Abajo toda esclavitud, así se llame servidumbre! ¡El servilismo denigra al hombre! Seamos todos servidores de nosotros mismos, de la Comunidad humana. Incáutense los Estados, los Gobiernos de cada nación y región, de todos los bienes que hoy disfrutan los privilegiados de la fortuna, o de la astucia. ¡Seamos todos empleados y obreros de esos Estados! ¿No explotan hoy estos, y administran en nombre del pueblo, varios negocios que llaman monopolios? ¿Y por qué no pueden administrarlos todos? Mientras los intereses del Comercio y de la Industria estén como ahora en pugna con los intereses de los consumidores, habrá defraudaciones, y falsificaciones, y luchas y envidias y crímenes.

Respetemos los intereses creados, durante dos generaciones; y vayan los hombres de buena voluntad, ahora que todo se desquicia con la guerra, implantando la Reforma para crear la *Nueva Sociedad humana*, que deberá empezar a regir con el nuevo siglo 21, nueva era de paz y de concordia; y pasen a la Historia estos veinte siglos llenos de crímenes individuales y colectivos. Hágase así y habremos suprimido de una vez, las cárceles, los hospitales, los cuarteles, y tantas cosas más, inútiles y perjudiciales, que tiene la sociedad actual.

Y en la futura *Sociedad humana* no habrá familias: ¿para qué se necesitan? Hoy los parientes pobres estorban porque molestan, y los parientes ricos también estorban... para heredarlos. ¡Y qué triste es para un padre que tenga que vivir a costa de sus hijos! ¡En cada casa solo vivirán un hombre y una mujer y los hijos que vayan engendrando al Centro colectivo con ellos, para ser criados artificialmente ¿Qué razón hay para que la pobre mujer amamante como si fuera una bestia? ¿No somos seres racionales, superiores a los demás? Pues empece-

mos a distinguirnos de los brutos en lo más primordial. ¡Quien sabe si la lactancia en seres pacíficos no regenera al hombre y lo hace más inofensivo! ¿Y por qué ha de haber entre las pobres criaturas esa división de hijos ilegítimos y legítimos? ¡Todos serán hijos naturales, y así desaparece para siempre el estigma inconcebible que hoy cae sobre muchos inocentes!

Y así los niños educados por igual sistema, y bien seleccionados después, la *Nueva Sociedad humana* estaría constituida por hombres capacitados y aptos en aquellos cargos que desempeñaran. Hoy, quien tiene dinero, si se le antoja hace médico a su hijo, así sea una nulidad, o un egoísta, o las dos cosas a la vez; y en los tres casos, y en el más sagrado de los sacerdocios, se convierte el médico, o en un criminal inconsciente, o en un mercachifle ruin, o en ambas cosas que solo pensarlas, aterran a los pobres enfermos. En mi larga y accidentada vida, pues he sido labrador, comerciante, poeta, agente de negocios, banquero, propietario, empleado, minero y medio bohemio, he tratado, sobre todo en Madrid, a varios miles de personas ilustradas, entre ellas, catedráticos, abogados, ingenieros, médicos, diputados, senadores, generales, ministros, (algunos me están oyendo); empleados de todas las categorías, etc., etc., y no exagero al asegurar que el 95 por 100 de esos individuos, debieron haber pasado toda su vida donde yo pasé mi juventud: ¡arando tierras y cavando viñas!; y aún es posible que lo hicieran bastante mal porque para todos los oficios y cargos, hace falta algún talento.

Ya se yo que de estas ideas peregrinas, aún siendo como son salvadoras y redentoras de la humanidad, se mofarán los fariseos que van a gusto sobre el machito de los humildes, de los mansos y desgraciados. Pero no deben atacarme, ni siquiera soliviantarse ya que se les deja en santa paz para que sigan disfrutando durante su vida, de la injusta pero legal posición social que la misma sociedad les otorgó.

Va a hacer tres años, al empezar la guerra, sospeché mi

gran descubrimiento; y al terminar la guerra, que debe acabarse a los tres años de empezada, lo perfecciono, lo aclaro y lo entrego al mundo científico. Si este inmenso descubrimiento ¡el arrancar a la naturaleza sus mayores y más preciados secretos! ha influido o nó en la hecatombe mundial que conmueve a las naciones,—menos a la nuestra entre las mayores,—pronto lo hemos de ver. ¡Quién sabe si entre los modernos profetas, seré yo, inconsciente, el verdadero!

XII

Hasta aquí apenas he hablado de lo que es el éter; y por ser la sustancia que constituye lo que llaman fuerza y energía, tiene tanta o más importancia que la misma materia. Sobre las propiedades del éter no han demostrado nada todavía los hombres de ciencia; así que yo entro en este terreno con los ojos vendados. Sin embargo, veo algunos resplandores que nos han de iluminar el camino. Por de pronto, la propiedad de que el éter no tiene peso, y la condición de que es una sustancia, ya quedan demostradas.

Sabemos que los tres colores fundamentales, son el amarillo, el azul y el rojo, el primero se forma con el éter al formarse el nitrógeno; el segundo, al hacerse el oxígeno y el tercero que es el rojo, al producirse el carbono. Cuando el O se condensa en ozono, ya se distingue el color azul. Los tres colores complementarios se formaron con el éter al hacerse el otro ternario de tetraedros, Cl, Ca, Ph, y a estos tres elementos corresponden respectivamente, el verde, el naranja y el morado. El celeste que falta para completar los 7 colores del iris, se formó al hacerse el helio, y ese celeste es un intermedio del blanco y del negro: éste pertenece al nebuloso, y el blanco puro al hidrógeno. No son afirmaciones gratuitas; estoy bien seguro de no equivocarme.

Y si todos esos colores etéreos, luminosos con los cuales se colorea la materia, se transforman en calor, será porque el calor es el estado normal del éter, como el estado normal de la materia, es el hidrógeno.

Cuando se formaron los restantes elementos químicos, cada vez más densos, tenían que serlo también en el éter-calor que los poliedros llevaban entre sí; de modo que al condensarse la materia, se condensa su calor; de donde resulta que cuanto más pesados son los metales, si no cristalizan en el sistema regular, más energía tienen, como sucede con el torio y el radio. Y sabemos ya que no todo el éter se condensa con la materia, pues por las cubicaciones realizadas hemos visto que el O, por ejemplo, solo puede encerrar entre sus poliedros la 5ª parte de su volumen; en el carbono la 10ª parte; en el helio una 4ª parte poco más, y en los elementos del sistema regular, como el N, nada absolutamente.

De modo que el éter-calor sobranté se convierte, por la influencia de los ángulos de los poliedros, en radiaciones etéreas que circulan por el espacio y por todos los organismos; y esas radiaciones son los agentes que llamamos, sensibilidad, alma, inteligencia, voluntad, visualidad, amor, odio, alegría, tristeza, deseos, aromas, olores, sabores, etc., etc. En los alimentos que tomamos están todos esos agentes, que van a reponer los que el organismo va consumiendo, y se asimila solo aquellos agentes que son adecuados a su constitución, a la estructura de la máquina humana.

En mis anteriores libros manifesté que los números 3 y 7 se repiten en las obras científicas con sorprendente frecuencia y después he visto que se repiten más profusamente en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, que tantos leímos con desdén. ¡Cuántas cosas se ocultan a nuestra tosca mirada y a nuestra limitada inteligencia! ¡Quién había de pensar que la Santa Biblia fuese una obra eminentemente científica, de las más profundas! ¡Como que ni los mismos que la escribieron la enten-

dieron! ¡y yo he venido a interpretarla! Durante 42 años he sido materialista intransigente: hoy soy espiritualista-materialista. Las dos tendencias son inseparables. Quien pretenda dividir las se estrellará contra un imposible.

El lenguaje del Antiguo Testamento, cuyo primer libro, El Génesis, fué una fantasía de Moisés, es el lenguaje infantil, propio de la primitiva humanidad que empezaba a civilizarse. El lenguaje del Nuevo Testamento, corresponde a la humanidad adolescente y el lenguaje del tercero y Ultimo Testamento, que empieza con este libro, verdadero Génesis de la creación, y acabarán los evangelistas de la palabra, de la ciencia y de la filosofía, es el lenguaje perfecto y *universal* de la *Nueva Sociedad*, que nace al terminar la adolescencia de la loca humanidad.

XIII

Jesús vino a redimir al mundo moralmente, ilusoriamente: ¡cómo lo había de lograr! Y yo, quizás con mi descubrimiento, venga a redimirlo materialmente y moralmente.

Es tan grande, sorprendente y maravillosa la semejanza que existe, pero en sentido opuesto, entre la vida y los hechos de aquel grande hombre y la vida y los hechos del que esto escribe, que yo mismo me admiro y me estremezco. Y es tan interesante la historia de mi vida, como lo es mi descubrimiento. No pensaba publicar estas intimidades, pero una fuerza oculta me obliga a publicarlas.

Jesús puso todo su amor en la humanidad que le crucificó *materialmente*; y yo puse todo mi cariño que fué inmenso y todo mi trabajo que fué enorme, en mis parientes, que también me crucificaron *moralmente*.

Jesús desgarró el corazón de sus padres y mis hijos y mi esposa desgarraron el mío. ¡Hasta me negaron como Pedro a

Cristo! (Pero he de hacer constar que mis dos hijos y mi esposa, no solo pasan en la sociedad como modelos de virtud y bondad, sino que lo son realmente: obraron conmigo inconscientemente, como los judíos con Cristo, y yo debo perdonarlos como Cristo perdonó).

Jesús sacrificó a sus padres en bien de la humanidad; y yo sacrifiqué a la humanidad ¡que sabrá perdonarme! en bien de mis hijos. Jesús fué bueno y yo he sido malo y buenó juntamente; pero mi maldad, si así puede llamarse, ha nacido de lo mal constituida que está la sociedad.

Jesús por salvar a la humanidad, fué preso y condenado a muerte; y yo, por salvar a mis hijos, fui preso pero no condenado. Durante 40 días, el espíritu de Jesús, anduvo libre en los espacios, exento de los sufrimientos físicos; y yo, durante 40 días también, en la prisión, sufrí horribilmente, inenarrablemente, como sufre todo aquel que en el fondo es inocente: ¡de pensarlo solo se me herizan los cabellos y derramo abundantes lágrimas. Y como Jesús a los 40 días subió a los cielos, yo a los 40 días logré la libertad y vi el cielo abierto.

Durante los 40 días que el espíritu de Jesús flotó en los espacios, varias veces se le *apareció realmente* a sus discípulos; y yo, en los 40 días de prisión, por no hacer sufrir a mis hijos y a mi esposa, que me separaba de ellos 40 leguas, les oculté mi situación, y por cartas me *aparecía* a ellos, *espiritualmente*. Jesús se apareció en forma de angel y yo, realmente, me llamo Angel. San José, padre de Cristo, fué casto y mi padre, que no fué casto, se llamaba Casto. El padre de Jesús llamábase José y uno de mis hijos, llámase José y el otro Angel.

Aquel pueblo de Israel escarneció y flageló el rostro de Jesús, y la mujer que a mi me delató, me insultó y escarneció despiadadamente. Tarde la humanidad reconoció su culpa con el Señor; y pronto ¡para mí una eternidad! reconoció aquella mala mujer su ligereza, cuya confesión y arrepentimiento, consta en autos judiciales.

Los judíos obraron con Jesús, impulsados por un ideal o fanatismo; y a aquella mujer de lengua viperina, la impulsó el vil interés. ¡Siempre el ideal frente a lo real!

Jesús, proclamándose hijo de Dios, ha llegado a ser la figura mística más grande del mundo espiritual; y yo, proclamándome padre de la ciencia, llegaré a ser la figura más grande del mundo real. En Jesús dominó el espíritu, en mí, la materia.

María Magdalena, que fué pecadora, se enamoró de Jesús al que no pudo evitar su muerte; y otra mujer, que no era pecadora, se enamoró de mí, y pudo salvar mi vida en muchas ocasiones.

Jesús salió de la nada, de la humildad, y llegó a ser tan grande como grande es la deuda que con Él contrajo la humanidad; y yo, que también salí de la nada, llegué a contraer tantas deudas con la sociedad, que se cuentan por cientos mis enemigos.

Jesús dijo que era necesario dar su vida para redimir al mundo; y yo digo ahora que ha sido necesaria mi vida azarosa y sufrir horriblemente en mi cautiverio, para sacudir mi pereza mental y estudiar los arcanos de la ciencia, sacándola del caos en que estaba y redimir a la sociedad de su triste condición.

Tres días duró la pasión y muerte del Señor y tres años ha durado mi pasión por arrancar al mundo sus secretos. En aquellos tres días, se conmovió el mundo y se desencadenaron los elementos ¡y los hombres no se inmutaron! Y en estos tres años se desbordaron las pasiones de los hombres y se conmovieron las naciones.

¡Oh Dios, en quien no creí! ¡Si existes, inspírame para poner paz a los hombres y que podamos cantar otro ¡Hosanna! a la futura Sociedad humana!

ANGEL CERROLAZA.

2

89014122071



b89014122071a

89014122071



b89014122071a